

Claudio Iglesias

Rubias teñidas



Claudio Iglesias

Rubias Teñidas

Federico Klemm

Marisa Rubio

El arte entre la libertad y el subjetivismo profesional



Baltasara Editora

La imaginación es la libertad de la mente y por lo tanto la libertad de lo real

Wallace Stevens

Para que se entienda bien, el trabajo sin sentido debe hacerse en soledad; de lo contrario, se convierte en entretenimiento hecho para otros

Walter De Maria

“A veces es difícil, así como es uno, tratar de ser otra persona.” Marisa Rubio está a punto de ir a comprar telas y materiales de cotillón para prepararse una barba y un traje harapiento. Ya tiene unos anteojos negros y un bastón para ciegos que consiguió en mercadolibre.com. Y con todo eso va a hacer la primera prueba de un ejercicio nuevo: salir de

su casa en el barrio porteño de Colegiales caracterizada como un ciego, con la visión verdaderamente impedida por su disfraz. Irá caminando hasta la iglesia que queda en Pringles y Corrientes y pasará unas dos horas pidiendo monedas en la puerta. Con sus ganancias, jugará un número a la quiniela, luego irá a un barcito de los que todavía quedan perdidos en los barrios. El ciego pedirá un vaso de vino tinto y dormirá un rato sentado a la mesa, entretenido con el aire y los ruidos de la tarde. Marisa Rubio tendrá todo el tiempo los ojos tapados. Me lo cuenta en el Bar Roma, donde algunos ancianos hablan o dejan pasar la tarde mirando por la ventana; y entre los habitués también hay gorriones convocados por la vieja española que lleva el bar, que les tira migas a un rincón del piso, y que ya entraron en confianza como para revolotear sobre la mesada donde se corta el pan. Arrecia el olor del sandwich de milanesa y las botellas en los estantes son de un color indistinto. A Marisa Rubio, el Bar Roma le parece perfecto para su ciego. Una pena que quede tan lejos de su casa y de la iglesia de Corrientes y Pringles. El personaje no sabe tomar colectivos. En realidad sabe hacer muy pocas cosas: abrir la

puerta, cruzar la calle, contar monedas, pedir y tomarse un vaso de vino. Marisa Rubio se entrena en las maneras de los ciegos para ponderar el contenido de un vaso, sopesándolo e inclinándolo, o hendiendo parcialmente un dedo como si fuera una vara con la que se quiere medir la profundidad de un río. Lo que no puede hacer el cieguito es cambiar de actividad: solo sabe hacer las cosas que hace recurrentemente y en el mismo orden. Rubio prepara el ejercicio con detenimiento. Aunque obligadamente deberá improvisar, la mayor parte de la acción debe estar pautada, por la dificultad que presenta el hecho de caminar a tientas en una ciudad. Entre la acción concreta y sus ensayos el límite es muy fino, pero indeleble. Cuando lo haga, el ejercicio estará hecho. Y aunque nadie lo haya visto, será un hecho tan absoluto como la existencia de una especie marina sin descubrir o de un fósil sin desenterrar. El ciego es un ejercicio, pero también es un personaje. Es un ejercicio incluido en la *Teoría del quehacer actoral cotidiano* de Naranja Milano Questa. Y es un personaje que protagoniza la novela inconclusa de un escritor frustrado: Javi, un joven gordo y tímido que vive con su mamá en un departamento

de Almagro, toda su vida encorvado sobre la computadora, rezumando frases de odio en internet. Pero tanto Javi como Naranja son personajes, o ejercicios, ellos mismos. Y el ciego, en verdad, los preexiste a ambos. Marisa Rubio comenzó a desarrollar ese y otros ejercicios actorales en 2008 y al año siguiente sobrevino Naranja, el personaje que comenzó a agruparlos y a anudarlos en una teoría, en una entidad cohesiva y llena de láminas: un trabajo artístico que imita a una cebolla, o a una ópera, o a otro objeto igualmente autoconclusivo y estratificado, invisible o latente. Los personajes de Naranja Milano Questa, todos ellos, tienen la vida propia de las cosas que sin que lo sepamos entran en abigarradas obsesiones mientras cumplen tareas simples y regulares.

Naranja en cierto sentido las emprende contra el mundo exterior porque además de una teórica de la actuación, cuyo ejercicio consiste en teorizar los ejercicios, es una actriz profesional que hace cuanto personaje le piden en el dominio del mundo real que ocupan los canales de televisión por cable, las productoras cinematográficas independientes y las agencias de publicidad. El trabajo entero

empezó como un garabato. Las improvisaciones y los ejercicios de Marisa Rubio fueron alineándose hasta que Naranja apareció para darles estructura y mediar entre ellos y el mundo. Luego apareció Helena, la profesora de mandalas traída por la necesidad de ganar dinero. Y Clarita, la rubia emblemática, protagonista moral de todo el trabajo. Naranja, Helena, Clarita, Javi y el ciego son algunos de los personajes de Marisa Rubio. Aunque sería igualmente correcto decir que son ejercicios, que incluso pueden prescindir de toda caracterización: ni una pizca de maquillaje, aunque haya hasta tres personajes uno dentro del otro. El mejor ejemplo es Javi y sus cuentos que parecen sacados de un cofre, escritos por un auténtico escritor de barrio. Javi también escribe comentarios en internet con la misión explícita de molestar a la gente. Pero no lo hace por maldad o por una curiosidad malsana, sino porque no puede evitarlo. El pequeño universo en el que vive es el de la frustración literaria y los comentarios en Facebook; su caracterización es más sencilla que la del cieguito. Su ejercicio es menos demandante y más espontáneo. Javi permanece en un estatus aparte dentro de los personajes de

Naranja porque es un gran productor de personajes él mismo, con su novelita inédita y sus cuentos, acompañados por acuarelas. De alguna forma es la competencia de Naranja; y también es como su sombra. Sus cuentos describen mundos en los que los personajes que estamos empezando a conocer podrían ser otros: se trata de pequeñas figuras apenas bocetadas que desarrollan acciones monotemáticas en ambientes que quedan, casi siempre, en las sombras de la descripción. Se parecen a los cuentos de Kafka o al síndrome de Asperger: agotan un pequeño estrato de la existencia, sin contacto con el resto. Como el especialista olímpico, como el artista del hambre, el *aspie* radicaliza su acción en una parcela minúscula del universo hasta convertirla en el filamento alrededor del cual vive. *I find it difficult to imagine what it would be like to be someone else* dice uno de los puntos de un test que se utiliza para evaluar rasgos autísticos. Es la pregunta obligada de Marisa Rubio para desarrollar un personaje.

La diferencia más importante entre Javi y Naranja es que el escritor se ufana de su frustración y de su encierro mientras modela su obra en secreto y colecciona resentimiento. La

actriz en cambio se vuelca permanentemente a ese mundo profesional en el que encuentra oportunidades por doquier, al punto de llegar a tener contacto con figuras del ambiente en el que se desenvuelve la misma Marisa Rubio. La tarea de Naranja en buena medida es política; también permitió que la complicada relación de Marisa Rubio con las instancias profesionales de presentación de su trabajo pudiera fluir con alguna legibilidad, siempre precaria.²¹ El personaje afirma un proyecto de trabajo; un trabajo que “consiste” en crear ejercicios actorales y que “gira en torno” de la naturaleza de la actuación. El lenguaje de Naranja es el que entienden los profesionales del arte, lo que no quiere decir que el trabajo mismo se agote en ese lenguaje. El asunto requerirá de atención más adelante. Basta decir que, como en un folletín,

²¹ La *Teoría* de Naranja M.Q. nunca se presentó como tal. (Esa instancia, según Marisa Rubio, corresponde a la publicación del libro.) Pero varios documentos salidos del trabajo deambularon por salas de exhibiciones, premios y revistas, entre otros el Salón Nacional de Rosario, 1er Premio (Rosario, 2011) y la Fundación CIFO (*Not Me: Subject to Change*, Miami, Florida, 2012).

¿Se puede reducir el programa del arte contemporáneo a un repertorio de significados? Entre la obra, si aún hubiera una, y el público, prolifera una masa verbal que no es otra cosa que ideología. Jorge Gumier Maier, ya en los años noventa, se manifestaba hastiado del lenguaje impostado de las ciencias sociales que se usaba para escribir sobre arte. “El artista puede dejar de pintar, o dejar de hacer exhibiciones, pero no puede dejar de escribir gacetillas de prensa”, reflexiona el autor de *Rubias teñidas* en un tono donde si bien impera el humor no deja de escucharse el acento de la polémica. Federico Klemm fue, además de la cara visible de la popularización del arte contemporáneo en la Argentina, mecenas, artista y molde de personajes. Marisa Rubio, por la matriz compositiva de su trabajo, convirtió la identidad en una forma inestable y abismada. Por medio de dos figuras, tanto en el sentido de personalidades destacadas como de formas retóricas, los ensayos de Claudio Iglesias reconstruyen una época y el modo en que el arte y los artistas se convirtieron en marcas de sentido para un mercado de subjetividades.

Daniel Gigena

ISBN 978-987-3905-04-9

A standard linear barcode representing the ISBN number 978-987-3905-04-9.

Colección Ensayo

9 789873 905049